

LUIS PÁSARA

LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

Capítulo 9

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL
SOLAR Fernando EGUREN Alberto
GONZALES Álvaro HENZLER Max
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).

396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.

D.L. 2017-07453

ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

INÉS CLAUX

«¿QUÉ ES LO QUE NOS INTERESA? QUE LA GENTE NO SUFRA,
QUE LA GENTE ESTÉ MÁS TRANQUILA, MÁS FELIZ,
QUE NO PASEN HAMBRE. ES LA GENTE LA QUE INTERESA».

No creo haberme dado cuenta un día de que el mundo puede cambiarse, desde muy chica pensaba que el mundo es algo que naturalmente había que cambiar. A los siete años fui con mi mamá y mi tía Marga a La Parada; entonces no existían supermercados y La Parada todavía no era un lugar peligroso. Al ver que los hijos de las vendedoras no tenían zapatos y su ropa estaba sucia y en mal estado, le pedí a mi mamá que los lleváramos a nuestra casa para bañarlos y ponerles ropa limpia. No entendí mucho la explicación que me dieron. En esos tiempos todos los niños pobres iban descalzos y mal vestidos y yo creía que deberían darles zapatos y ropa buena.

Algo que no entendía era por qué Marta, la hija de nuestra cocinera Micaela, siempre estaba encerrada en su cuarto. Ella iba al colegio y hacía las tareas en el cuarto de su mamá; dibujaba unos mapas a todo color y me encantaba entrar a su cuarto para que me enseñara a dibujar y colorear. Pero esto no les gustaba mucho a mis padres. Teníamos un radio y en las mañanitas se escuchaban huaynitos. Me encantaba escucharlos mientras me alistaba para ir al colegio, pero a mi mamá no le parecía bien y me hacía apagar el radio. Me peleaba con mi mamá porque me hacía apagar el radio, porque a mí me gustaban los huaynitos, y porque no me dejaban entrar al cuarto de la hija de la cocinera. Yo no entendía por qué.

Me gustaba todo lo que tenía que ver con la sierra. Mi tía Marga me llevó a conocer el Cusco cuando yo tenía 12 años. Fue la primera vez que viajé en avión. Ella era una gran fotógrafa y tomaba fotos a las serranitas con sus maravillosas polleras de colores; también valoraba mucho los restos incaicos y preincaicos y a mí me fascinaban los huacos; a veces la acompañé a Chancay a visitar huaqueros. En esos tiempos la mayor parte de la gente despreciaba los restos arqueológicos, sobre los que no había controles del Estado.

¿Influencias? No sé, tal vez mi tía Marga, porque a ella le encantaban la sierra y las personas que vivían en la sierra, y me llevó a muchos viajes. Me he preguntado por qué me gustaban los huaynitos. Quizás las muchachas que me cuidaron cuando chica me cantaban huaynitos y me hablaban de la sierra. Siempre la gente de la sierra me parecía buenísima. Después me dijeron que son resentidos, pero dentro de mí siempre consideraba que eran muy buenos.

En el colegio de niñas ricas en el que estaba, percibía que había grupos de chicas diferentes, que correspondían a diversas situaciones económicas de las familias. Algunas tenían haciendas, tenían caballos y piscinas. Yo le preguntaba a mi papá por qué no teníamos una piscina y soñaba con montar a caballo.

A los 15 años con mi amiga Anita fuimos a pasar unas vacaciones de verano a la hacienda de la familia de una de nuestras compañeras. La hacienda era tan grande que, según nos explicaron, tenía una parte en la costa, otra en la sierra y llegaba hasta la selva. La casa hacienda estaba en medio del campo, encima de una loma y era muy grande, con muchos cuartos alrededor de un gran patio rodeado de un ancho corredor. Nos asignaron un cuarto que tenía un gran baño. En la mesa, con toda la familia, éramos como veinte personas. La comida era tan abundante y tan rica que no parábamos de comer; bajábamos a la huerta y comíamos toda clase de frutas. En esas vacaciones aumenté once kilos. Anita y yo salíamos a dar paseos por nuestra cuenta para conocer la hacienda. Encontramos un poblado muy pobre en donde vivían los trabajadores y sus familias. Nos fuimos haciendo amigas de estas personas pobres y nos impresionaba la situación de sus viviendas y la carencia de servicios, los niños sucios, descalzos, barrigones. Lo más chocante para nosotras fue que nos contaron que algunos de esos niños eran hijos de familiares de nuestra amiga. Nunca se nos hubiera ocurrido que pudiera suceder algo así.

En la hacienda, cuando removían la tierra con el arado, aparecían trozos de huacos. Si salía un huaco entero, lo guardaban. A veces salían objetos de oro que los terratenientes derretían y vendían al peso. Cuando yo comenté que me daban pena esos huacos rotos, me dijeron que subiera a la azotea a ver la gran cantidad de huacos que había y que me llevara los que quisiera. Elegí dos huacos pequeños negros que guardé como un tesoro durante muchísimos años.

Al terminar ese viaje a la hacienda decidí que no había Dios. Llegué a Lima y se lo dije a mi papá. Él me dijo que sí había, pero que había sido creado por los hombres: Dios creó a los hombres, pero los hombres habían creado a Dios. De todas maneras seguí asistiendo a la misa en el colegio y luego continué yendo por mi abuelita y mi mamá. Cuando me enteré de que Fidel Castro había derrotado al dictador Batista, me pareció algo bueno. En mi casa se recibía la revista *Life*, que estaba a favor de Fidel. A mí me quedaba claro que era importante que sacaran al dictador.

Tenía mucha simpatía por ellos. Pero una de las monjas del colegio dijo que Fidel era el anti-cristo. Me quedó sonando esto; no entendí por qué lo dijo.

A los 17 años yo quería estudiar medicina. Mi mamá me planteó que primero trabajara un tiempo como enfermera voluntaria en la Cruz Roja para que me diera cuenta si realmente la medicina era mi vocación. Hice el curso en la Cruz Roja y me mandaron a trabajar a los hospitales. El primer hospital al que me enviaron era de hombres, el Dos de Mayo, donde estaban los más pobres de los pobres. Fue muy impactante trabajar allí. Se murió un hombre en el momento en que yo trataba de darle de comer. Hasta entonces no había visto a una persona muerta. Otro hombre, a quien lo traían en una camilla porque había tenido un terrible accidente, se murió cuando le estaba poniendo una inyección. Fueron muchas las impresiones que tuve en ese hospital, pero peores fueron aquellas que tuve cuando me enviaron al Hospital del Niño a cuidar a los niños quemados.

No comía ni dormía y bajé mucho de peso. Mis padres decretaron que yo no servía para médico. No sabía qué estudiar y fue mi papá quien me dijo que podría ser arquitecta porque era buena para los números y me gustaba mucho dibujar. Así fue como me presenté a la Universidad Nacional de Ingeniería y empecé a estudiar arquitectura, sin saber mucho de qué trataba. Después me ha encantado esta carrera.

«LOS LIBROS QUE ME ENCANTABA
LEER ERAN LOS DE ARGUEDAS.
TUVE EN LA FACULTAD DOS
PROFESORES QUE CONSIDERO
QUE FUERON MUY IMPORTANTES
PARA MÍ: EL ARQUITECTO
ADOLFO CÓRDOVA Y EL
SOCIÓLOGO FERNANDO LECAROS».

Para ingresar a la UNI tuve que asistir a una academia en donde me preparé para el examen. En la academia me enamoré de Luis, un estudiante puneño que me encantaba. Resolvía los problemas más difíciles de álgebra y trigonometría y me explicaba con calma lo que yo no entendía. Él ingresó con el primer puesto a la UNI en 1962, para estudiar físico-matemáticas. Yo ingresé a la facultad de arquitectura también en ese año.

Luis era comunista pro-soviético y quería irse a estudiar a la URSS después de salir de la UNI. Yo también decía que me iría a estudiar a la URSS, aunque no tenía la menor idea de lo que era el comunismo ni el socialismo. El venía a la casa y conversábamos en la sala. A mis padres Luis les cayó muy mal. Para ellos había un problema racial y de clase social; además, se enteraron de que era comunista y eso era lo peor de lo peor. A quien le cayó muy bien fue a mi abuelita, él la trataba con mucha amabilidad. Con frecuencia acompañábamos a mi abuelita a la iglesia que quedaba cerca de la casa.

Mi papá y mi mamá no pensaban igual. Mi papá no iba a misa, mi mamá sí. Creo que mi papá entendía un poco más lo que me ocurría, en cambio mi mamá no. Para ella fue terrible cuando dije que me casaría con un puneño, que además era comunista. Me hizo la vida imposible, para que no me casara con él. Y cuando me separé de él y fui a vivir con mis padres, mi mamá insistía en que regresara, porque tenía muy metida la idea religiosa de que cuando uno se casa, se casa delante de Dios y es para toda la vida. Creo que, una vez me casé, mi mamá pasó a primer plano la cuestión del qué dirán, porque la gente no se separaba tanto en esa época y para mi mamá era una vergüenza terrible. Cuando sus amigas o parientes preguntaban por nosotros mentía: «están muy bien».

Los libros que me encantaba leer eran los de Arguedas. Tuve en la facultad dos profesores que considero que fueron muy importantes para mí: el arquitecto Adolfo Córdova y el sociólogo Fernando Lecaros. Adolfo Córdova creó el Taller de Asistencia Técnica y fue mi tutor de tesis; era la persona a la que recurría. Al comienzo dije: «voy a hacer un estudio del color en las barriadas» —algo más bien superficial— y fui a decírselo a Córdova. Él me dijo: «¿Eso para qué, no hay algo más interesante?». Entonces, conversando con él, llegamos a que nadie sabía cómo eran esas casitas por dentro. En el trabajo descubrí un patrón de asentamiento y eso lo fui analizando con Córdova.

Recuerdo que en la primera clase Fernando Lecaros nos hizo escribir en un papel qué haríamos para mejorar la situación del Perú, en donde había una brecha tan grande entre los ricos y los pobres. Dije algo así como que los ricos repartieran su riqueza. Un día Lecaros invitó a su clase a Arguedas, lo que me emocionó mucho. En un momento yo dije: «Qué trome» y Arguedas me preguntó si yo sabía de dónde venía esa palabra. Me explicó que en las cárceles la palabra «maestro» se empezó a transformar en «metro» y luego se invirtió: «trome».

Había estudiantes que ya tenían ideas, como un amigo mío de quien decían que era social-progresista. En grupo de amigos conversábamos mucho sobre lo que pasaba en el Perú y leímos *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, libro de Engels que me hizo entender lo ilógico de la propiedad privada y que si

habíamos nacido en este mundo la tierra debía ser de todos. Leíamos también a Camus, Sartre y Simone de Beauvoir. Me enteré por algunos folletos de que existían las leyes de la dialéctica y leí todo lo que encontraba sobre ellas. Me pareció algo muy sabio y se las explicaba a mis compañeros.

Leímos y analizamos a Mariátegui y nos quedó claro que la revolución en el Perú no debería ser «copia ni calco» de otras. Ana María, compañera de la facultad, marginada porque era trotskista, me pasó una vez un folleto que se refería a la plusvalía. Fue una verdadera revolución enterarme con claridad de que la plusvalía era la esencia del sistema capitalista. El texto mostraba claramente por qué había explotación y cómo se acumulaba el capital. Años después leí el primer tomo de *El capital*, texto que me gustó mucho, que leí y releí, y discutí con mis compañeros.

Me chocó mucho cuando, en 1963, nos enteramos de que habían matado al poeta Javier Heraud, me chocó tanto que me puse a repartir lo que en ese momento se llamaban los «mosquitos», que eran unos papelitos chiquititos que decían: «Han matado a Javier Heraud» y algo en contra del gobierno. Eso fue lo primero que me atreví a hacer.

En 1968, el arquitecto Córdova me invitó a formar parte del Taller de asistencia técnica a barrios marginales y comunidades campesinas que organizó en la Facultad de Arquitectura. Empezamos a ir a los barrios marginales que se habían creado en las cercanías de la UNI, que eran barrios «de invasión» con casas de estera y se han ido transformando en lo que son los distritos de Comas y Carabayllo. Leímos *Cartas a una maestra*, escrito por alumnos de la escuela de Barbiana, Italia, estudiamos la «encuesta-participación» y nos enteramos acerca de Paulo Freire y su método para alfabetizar. La idea del Taller era concientizar a los estudiantes sobre la realidad peruana y dar apoyo técnico a los pobladores de las barriadas para que tuvieran sus servicios básicos, construyeran mejor sus viviendas y que no los sacaran de las tierras que ocupaban en las laderas de los cerros pelados. Propiciábamos que se formaran grupos de pobladores para construir sus casas, hacíamos los planos, construíamos con ellos y también trabajábamos con un grupo de señoras en la construcción de su mercado. Organizamos grupos de estudio en la Facultad y trabajamos intensamente en los barrios marginales durante los fines de semana.

Quedé a cargo de la coordinación del Taller de asistencia técnica de arquitectura, que crecía, se contaba cada vez con más estudiantes y los pobladores de muchos barrios nos buscaban. En 1971 se creó la Dirección de Proyección Social de la UNI y el Taller pasó a formar parte de esta dirección; así se amplió a todas las facultades. Fue algo extraordinario porque contábamos con estudiantes de muchas especialidades, además de arquitectura: topógrafos, ingenieros sanitarios, estudiantes de ingeniería eléctrica, ingenieros civiles, economistas, etcétera. Entonces, se hicieron los planos

de las lotizaciones, se calcularon e instalaron las tuberías de agua, de electricidad, etcétera. Los muchachos viajaban en los buses destaralados cargando las miras y los teodolitos. Estudiantes y pobladores colocaban las estacas, abrían las zanjas y colocaban los tubos y los cables. Fue siempre un trabajo voluntario de fines de semana y el entusiasmo era muy grande. Se daba total confianza a los muchachos que conformaban los equipos de trabajo y que eran muy cumplidos y responsables.

En esos tiempos leí el libro de Oscar Lewis *Los hijos de Sánchez* y me di cuenta de que lo que sucedía en las barriadas de Lima era muy parecido a lo que él escribió sobre México. Estuve totalmente de acuerdo con su planteamiento de la cultura de la pobreza. Grabé y transcribí luego a una señora de Comas que me contó su vida e hice lo mismo con un poblador de Collique. En los grupos de estudio que formamos con estudiantes y pobladores analizábamos los relatos de estas personas y veíamos las injusticias, los problemas en el campo, los abusos, el desempleo, etcétera.

De los grupos políticos que había, me atraía más el MIR porque yo admiraba mucho a los cubanos desde que habían hecho su revolución. Sabía que habían triunfado contra el dictador y que ahora iba a haber educación y salud para todo el mundo. Entre mis amigos, algunos eran simpatizantes del MIR, sin una relación orgánica.

Yo no tenía claro que había que militar. Más bien el hecho de no tener una militancia me permitía hacer el trabajo en el Taller con todo el mundo; no estaba con un grupo, tenía mis amigos de aquí y de allá, pero nada más. Con todos analizábamos, no se sentía «este es de este grupo y este de este otro», sino que analizábamos todo. En el grupo había un «chino», maoísta, amiguísimo mío, que había quemado un bus en una de esas huelgas por el pasaje universitario, y yo le decía qué necesidad había de quemar un bus que transporta a la gente del pueblo. Con los simpatizantes del MIR y otros integrantes del Taller de asistencia técnica nos reuníamos a analizar la vida de la gente. Esos chicos del MIR publicaron en mimeógrafo las dos historias de vida que escribí, las llevaron por todas partes y las analizaban, porque lo que le pasaba a la persona que me había relatado su vida era lo que le pasaba a muchos. Era como un desarrollo de la conciencia de todos.

Los dirigentes estudiantiles empezaron a plantear que en la URSS había muchos problemas y que el ejemplo a seguir eran los chinos. Empezó a circular *El Libro Rojo* de Mao, que me gustó mucho porque era muy didáctico. Era el momento en el que había una gran lucha entre los pro-soviéticos y los pro-chinos y empecé a tener contradicciones ideológicas con Luis. Se discutía mucho si el país aún era feudal. También existía el grupo de Vanguardia Revolucionaria, que trabajaba principalmente con obreros. Algunos de sus integrantes no estaban muy de acuerdo con el trabajo en las barriadas, incluso sentí cierto desprecio hacia nosotros, quizá porque estábamos metidos en las barriadas y ellos decían que había que trabajar con los obreros.

En 1970 ocurrió el terremoto de Huaraz y la mayor parte de los estudiantes integrantes del Taller viajaron para apoyar a los damnificados. Trabajamos también en El Montón, el cerro de basura de Lima, que había sido invadido por familias que habían construido sus casas de esteras encima de la basura. Unos compañeros que eran de Vanguardia Revolucionaria buscaron terrenos para trasladarlos y los chicos del Taller apoyaron el traslado. Lo que sucedió luego fue muy impactante: cuando quienes vivían sobre la basura invadieron el otro lugar, el cerro de basura fue invadido por otros cientos de personas.

En 1971 había ya más de doscientas cincuenta barriadas en Lima y muchísimos migrantes estaban alojados en las casas de familiares y amigos. Estas personas invadían terrenos y la policía los desalojaba hasta que Velasco, mediante el Ministerio de la Vivienda, organizó una gigantesca urbanización en la tablada de Lurín adonde fueron llegando todas las personas que necesitaban un terreno en donde vivir. Se instalaron de manera ordenada siete mil familias con planos preparados por la Junta Nacional de la Vivienda. Esta gran barriada fue la Comunidad Urbana Autogestionaria Villa El Salvador [CUAVES]. Se estableció la propiedad comunal de las tierras y la organización de centros de trabajo, además del equipamiento urbano requerido. Esto me pareció algo muy bueno porque, así como la tierra debe ser del que la trabaja, toda familia debe tener un terreno en donde construir su vivienda.

Mi relación con Luis iba cada vez peor. El día en que me enteré de que andaba con otra chica lo dejé y regresé a vivir con mis padres a San Isidro. Ayudé a cuidar a mi abuelita. Yo la quería mucho y ella también.

«AL CONOCER LO DEL ESTADIO
NACIONAL, LO DE VÍCTOR JARA...
PENSÉ NUEVAMENTE QUE LA
REVOLUCIÓN, LA LUCHA ARMADA,
ERA NECESARIA: POR LAS BUENAS
NO SE PODÍA TOMAR EL PODER PARA
CAMBIAR LAS COSAS».

En esos tiempos había triunfado Allende en Chile y estábamos muy felices analizando que se podía llegar al poder con las elecciones y no necesariamente a través de una guerra, de una revolución. Después fue horrible enterarnos de la muerte de Allende; no podíamos creer que Pinochet, dirigido por los gringos, lo hubiera matado.

Al conocer lo del Estadio Nacional, lo de Víctor Jara... pensé nuevamente que la revolución, la lucha armada, era necesaria: por las buenas no se podía tomar el poder para cambiar las cosas. Además, el imperialismo yanqui era muy poderoso y no dejaba que los pueblos decidieran por sí mismos. Siempre intervenía.

Unos compañeros me invitaron a integrar un grupo de estudio con Aníbal Quijano. Asistí con gran interés a las reuniones y aprendí muchísimo. Con Quijano analizamos *El capital* de Marx. Quijano me hizo ver con claridad la participación de las empresas capitalistas en el Perú.

Los integrantes del Taller continuamos trabajando principalmente en las barriadas del norte de Lima, rebautizadas como pueblos jóvenes. Los grupos de estudio y el trabajo técnico se desarrollaban con apoyo de las autoridades de la UNI, que nos dejaban utilizar los mimeógrafos, los aparatos topográficos, teníamos varios salones de reuniones y tableros de dibujo, *lockers*, etcétera. Todo esto hasta el golpe de Morales Bermúdez en 1975. El rector me llamó entonces a su oficina y me dijo que le habían dicho que el Taller era un «nido de comunistas» y empezaron a disminuir el apoyo que nos daban.

Mi amiga Dori, una de las primeras estudiantes que conformaron el Taller, había tenido la oportunidad de conocer al matemático colombiano Germán Zavala y a su grupo, que desarrollaban el Método de Educación Integral (MEI) en Bogotá. En unas vacaciones fui a Bogotá y los amigos de Dori me recibieron con los brazos abiertos. Pasé todas mis vacaciones trabajando y aprendiendo el MEI en una barriada de Bogotá. Esta experiencia y lo que sucedía en mi vida privada y en el Taller me decidieron a ir por un tiempo a vivir a Colombia. Había trabajado seis años y medio en el Taller.

Viví en Bogotá durante cuatro años. Aprendí mucho de Zavala y de su grupo y conocí a compañeros de Camilo Torres. Me enteré de la Teología de la liberación. Conseguí trabajo en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Piloto de Colombia. Formé parte de un grupo extraordinario en el que teorizábamos sobre la enseñanza de la arquitectura y aplicábamos los planteamientos del MEI.

Cuando en 1979 triunfó la revolución sandinista, derrotando al dictador Anastasio Somoza, mi amiga Leonor se fue a Nicaragua a trabajar en la campaña de alfabetización y me invitó a visitarla por los diez días de vacaciones de julio de 1980, para que viera «esta preciosidad de revolución». Fui a Nicaragua y me quedé veinte años. Regresé al Perú el año 2000. El libro *La búsqueda* relata la vida de Leonor¹.

¹ Leonor Esguerra e Inés Claux Carriquiry, 2011. *La búsqueda. Del convento a la revolución armada: testimonio de Leonor Esguerra*. Bogotá: Aguilar.

Cuando llegué a Nicaragua, al enterarse de que soy arquitecta, me invitaron a trabajar en la Facultad de Arquitectura de la UNAN y en el Ministerio de la Vivienda y Asentamientos Humanos. Les hacían falta técnicos. Había un ambiente de felicidad y mucho entusiasmo por reconstruir el país, por mejorar la vida de todos. Los ricos habían huido y estaba todo por hacer. Presencí la llegada a Managua de los universitarios que habían salido a los campos y pueblos a alfabetizar. Regresaban felices, muy satisfechos con el trabajo que habían realizado. Las casas permanecían con las puertas abiertas, la palabra de las personas tenía valor, no se realizaban trámites, había una gran solidaridad. Durante cuatro años se vivió con enorme alegría y optimismo, hasta que los gringos establecieron sus bases en Costa Rica y Honduras, y empezaron a enviar a los contra revolucionarios a combatir a los sandinistas. En esos primeros cuatro años estuve dando clases en la Facultad de Arquitectura y formamos grupos de estudio para aprender las leyes de la dialéctica, el origen de la propiedad privada y el Estado, la plusvalía —los conceptos planteados por Marx—, los modos de producción, las fuerzas productivas, etcétera. Con un grupo de profesores jóvenes tratamos de cambiar la manera de enseñar la arquitectura. Conocí a Alejandro, mi compañero, quien era profesor de la facultad.

En 1984, en plena guerra, trabajé con el Ministerio de la Vivienda, en la frontera con Honduras, en la construcción de los asentamientos para los campesinos que desplazaban los contrarrevolucionarios. Hace poco eumed.net publicó el diario que escribí durante los cuatro años en que realicé este trabajo², que fueron los años más intensos de mi vida, apoyando al pueblo nica bajo la agresión gringa. Trabajé luego en la costa atlántica, con la Fundación OPHDESCA, en la reconstrucción de los poblados miskitos destruidos por la guerra.

El FSLN organizó elecciones y ganó doña Violeta, madre de sandinistas y también de contras. Se le consideraba como alguien neutral. Ya no se aguantaba la guerra. La gente votó por doña Violeta para que terminara la guerra. Murieron demasiadas personas, incluso muchos de nuestros amigos más queridos. No se podía vencer al imperio gringo. Regresé a Managua a dar clases en la Facultad de Arquitectura y en otras nuevas facultades que se habían creado. Escribí el libro *La arquitectura y el proceso de diseño*, reeditado en Lima por la San Martín de Porres. Me interesé mucho por los problemas del medio ambiente.

Mi familia nos invitó a recibir el año 2000 en Lima. Alejandro y yo habíamos adoptado a un niño. Los tres estuvimos en Lima para recibir el nuevo año. Estando en Lima, mi familia y amigos empezaron a decirnos que por qué seguíamos en Nicaragua, que ya el gobierno no era sandinista. Yo vivía muy contenta en Managua,

² <http://www.eumed.net/libros-gratis/2016/1528/1987.htm>.

con muchísimos amigos, nuestra casita de madera, nuestros árboles frutales y mi trabajo de profesora en la Facultad, que me encantaba. Alejandro estaba con ganas de un cambio ya que, por ser sandinista y haber trabajado para el FSLN, se le dificultaba conseguir trabajo. En el Perú la crisis era muy grande, no había trabajo para nadie. Les dije que no conseguiríamos trabajo y que solo me quedaría si tanto Alejandro como yo tuviéramos trabajo. Mi hermana se movió y a través del arquitecto Adolfo Córdova nos consiguió trabajo para ambos como profesores en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional, que se acababa de crear en Piura. Así fue como en 2000 nos trasladamos a Piura y empezamos a trabajar como profesores en la Universidad Nacional de Piura.

«SENDERO SE ENCARGÓ DE
ELIMINAR TODO, DE ELIMINAR
TODOS LOS SUEÑOS QUE HABÍA».

En el Perú nos enteramos con mayor detalle de lo que había sido Sendero y los horrores que se habían vivido, principalmente en el campo. A Nicaragua nos habían llegado muy pocas noticias; allá aún no utilizábamos internet y no teníamos una computadora. Sendero había asesinado al hermano de mi amiga Dori. Mi sobrina había estado muy cerca cuando ocurrió lo de Tarata. Aquí, el rechazo a la izquierda en general era muy fuerte.

Me encuentro con que ya no hay Sendero y ya no hay nada de nada. Porque antes había los grupos y la gente te hablaba. Ahora nadie te habla de nada, todo es temor, por lo menos acá. El otro día a una de las profesoras le dije algo y me contestó: «¡Ah, eran comunistas!», con un terror y... han pasado muchos años.

En lo de Sendero no he estado acá y, cuando he venido, cualquier palabra de izquierda, cualquier idea de izquierda es asociada con los terrucos. «Serán terrucos» decían cuando sabían que veníamos de Nicaragua, porque no sabían qué había pasado en Nicaragua. Sendero se encargó de eliminar todo, de eliminar todos los sueños que había, el «vamos a hacer esto o vamos a hacer lo otro». Ya no. No puedes decirle a alguien «hagamos algo»; es como que se asustan. En Piura la gente se asusta de cualquier cosa que uno diga, de querer hacer algo diferente.

Todos los chicos viven pegados a su Facebook el día entero. Se cuentan sus paseos y viajes. Se mandan fotos y hasta publican los platos de comida que les sirven. Leen en internet todos los chismes de futbolistas, cantantes, artistas de cine. Desde que uno abre su correo, el capitalismo se encarga de meternos una gran cantidad de información totalmente superficial. Nos distraen con tonterías y evitan que sepamos

lo importante para la mayoría. Casi nadie plantea la necesidad de eliminar las injusticias y la pobreza, como que todo marchara muy bien.

Encontramos en Piura que nuestros alumnos no se interesaban por nada que tuviera que ver con la política. Tenían claro que había que rechazar todo lo de izquierda, que consideraban tenía que ver con el terrorismo de Sendero. No tenían ni idea de lo que había ocurrido en Nicaragua ni en Cuba. No se sentía que existiera un movimiento estudiantil, aunque existen los consejos de facultad y el tercio estudiantil. Muy pocos se interesaban por participar en el consejo. Lo que sí les interesaba eran los problemas del medio ambiente.

Los muchachos de la Universidad no se interesan, ni se enteran, de los muertos en Siria, Libia, Irán o Irak. No tienen idea de que los gringos —y otros con poder— bombardean ciudades y matan a miles de personas. Hace unos meses les conté que Oxfam UK había informado que el 1% de la población mundial posee más riqueza que el 99%. Me miraron asombrados, pero me parece que no entendieron mucho la importancia de esos datos.

En Piura organicé con una amiga y un grupo de estudiantes de la Facultad algo parecido al Taller de asistencia técnica. Los chicos le pusieron el nombre de Arquitectivos. La participación era voluntaria y trabajamos en el diseño de parques, locales comunales, iglesias, etcétera, según llegaban solicitudes de los barrios de Piura a la Facultad. En las reuniones de los Arquitectivos conversábamos un poco sobre los problemas de Piura, del Perú y del mundo. En nuestros cursos de diseño estamos procurando que los chicos trabajen temas reales, como el local de la municipalidad y un parque temático paleontológico para Negritos. Cuando se hizo el nuevo plan de estudios incluimos un curso llamado Proyección Social, curso electivo que tiene créditos, en el que se anotan muchos estudiantes. Los chicos han diseñado viviendas para familias de los barrios de invasión, trabajaron concientizando a las personas cuando iba a presentarse el fenómeno de El Niño, han diseñado casas para discapacitados, un centro para alfareros y también iglesias, locales comunales y parques, a pedido de diferentes barrios.

Me encargaron el curso de acondicionamiento ambiental y me puse a estudiar el clima de Piura y las edificaciones; me di cuenta de que casi nadie tomaba en cuenta el clima y había bastante desconocimiento sobre cómo orientar los edificios. Hice una maestría en Ingeniería Ambiental en la misma UNP y publiqué el libro *El clima y la vivienda en la costa norte del Perú*. Como también me encargaron el primer curso sobre los asentamientos humanos, fui preparando un texto que se llama *Acercas de las ciudades*, que lo publicó la UNP en 2012 y lo usan actualmente los alumnos. Como quería sistematizar un poco mis experiencias, al haber tenido a mi cargo diferentes talleres de diseño en Colombia, Nicaragua y Piura, estudié el doctorado en Ciencias de la Educación en la UNP.

Hace dos años sufrí un accidente cardiovascular y pedí un año sabático. Este año regresé a dar clases de diseño en la facultad. Los estudiantes y profesores son muy amables y me encanta mi trabajo.

Lo único que podemos tener claro es que todo cambia y se transforma. Una vez leí que Fritjof Capra había dicho: «Lo único que sabemos del futuro es que nos sorprenderá». Estoy de acuerdo. Creo que, ya que estamos aquí, lo importante es ser útil, ayudar a mejorar la vida de todas las personas y del planeta. Pienso que hay que ver quién hace las mejores cosas y hay que apoyarlas e insistir en que se haga más cosas buenas para la gente. Porque, por último, ¿qué es lo que nos interesa? Que la gente no sufra, que la gente esté más tranquila, más feliz, que no pasen hambre. Es la gente la que interesa.